

Laura Martínez-Belli



La otra Isabel

© 2021, Laura Martínez-Belli

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Ramón Navarro

Fotografía de portada: © iStock

Fotografía de la autora: © Blanca Charolet

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2021

ISBN: 978-607-07-7635-9

Primera edición impresa en México: mayo de 2021

ISBN: 978-607-07-7634-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

La mujer gritó con tanta fuerza que la partera tuvo que reprimir el impulso de dar un paso atrás y taparse las orejas. Su alarido opacó por un instante los truenos que anunciaban la tormenta aquella noche. La vieja había atendido muchos partos, todos con dolor, pero el lamento que escuchaba salir de la boca de esa mujer no provenía de sus entrañas.

—¡Por el amor de Dios, que no es para tanto! Me habían dicho que las indias eráis más fuertes. ¡Menudos pulmones tienes en ese cuerpecillo tan pequeño! Venga, venga. Que ya pasa.

La parturienta se apoyó sobre los codos y trató de incorporarse en la cama. Estiró su cuerpo hacia adelante para agarrarse los talones y ponerse en cuclillas cuando oyó a la partera a voz en grito:

—Pero ¡qué haces! ¡Te has vuelto loca! Tumbate, tumbate. ¡Estas indias...! —rumiaba como si no tuviera a la mujer delante—. ¡Endérezate y cógete de las corvas! Anda, déjame, que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

«El diablo», pensó la muchacha. «El diablo entre las piernas». Eso era lo que sentía en esos momentos. Un pedazo de infierno expulsado de su cuerpo. Un fuego eterno en el que arder. La partera le colocó un paño para secarle las gotas de sudor que le perlaban la frente.

—No puedo —alcanzó a decir la mujer entre los espasmos entrecortados de un castellano que aún arrastraba el acento de su lengua añeja—. No puedo... —repite y el sonido de su propia voz le pareció desconocido.

—Sí que puedes, venga, venga, ya casi, ya casi.

Las paredes parecieron resquebrajarse dos veces cuando la joven pujó. La primera porque el alma por poco se le escapa del cuerpo tras un fuerte apretón del que asomó una cabeza entre sus piernas. La segunda porque se dejó ir en un grito largo que rebosaba valor, rabia y coraje, que terminó en risa mezclada con llanto, una alegría empañada de cansancio y sangre, un dolor inconmensurable que desapareció con la prontitud con la que el viento deshace las tormentas de verano, cuando de su interior nació una niña mestiza. La joven madre recorrió a la pequeña entera con ojos nuevos. No supo cuánto tiempo permaneció así, tratando de reconocer la sangre de su sangre y la carne de su carne, sosteniendo a la niña en brazos con mucho cuidado, no fuera a romperla.

—Lo has hecho muy bien —dijo por fin la comadrona con una ternura inusual que dibujó en la recién parida una sonrisa leve que se esfumó enseguida cuando escucharon el golpeteo de unos nudillos contra la puerta. Toc, toc, toc. Un llamado meramente protocolario de alguien que no esperó respuesta para irrumpir, de pronto, en la habitación.

La sombra de un hombre entró llevando tras de sí una corriente de aire helado. Era alto, con las espaldas anchas de un ropero, barba tiesa y una piel de camaleón que lograba ocultar la verdadera naturaleza de sus actos. Iba escoltado por un segundo hombre acostumbrado a no cargar sobre sus hombros ni melancolía ni remordimientos, de cuello ancho y boca escasa de dientes. La partera, por instinto, dio un paso atrás. La joven madre se estremeció en un escalofrío de espanto al recordar la amenaza que no hacía mucho le habían profesado. Se llevó a la recién nacida contra su pecho, tanto, que casi parecía que pretendiese volver a metérsela dentro del cuerpo. Aunque sospechaba cuál era la razón de la presencia de aquel hombre, preguntó:

—¿Qué hacéis aquí?

No obtuvo respuesta. El hombre mellado se acercó a la joven madre y tras un forcejeo le arrebató a la criatura de los brazos. La niña protestó con un balbuceo gatuno que por fortuna no rompió en llanto. El mellado se colocó detrás de aquel hombre siniestro. La madre trató de levantarse, pero le fallaron las fuerzas tras haber perdido mucha sangre y cayó de nuevo en la cama.

—Yo me ocuparé de la niña —aseguró el hombre con una voz ronca de marinero viejo.

—Te lo ruego. —La joven madre apretó los puños—. No diré una palabra... pero no te lleves a la niña.

—La niña se viene conmigo. Solo sigo órdenes. —Cortó—. Mantened la boca cerrada y nada habrá de pasarle —apuntó mientras se dirigía a la puerta. Desde allí, antes de desaparecer de su vista, sentenció—: Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Y la puerta se cerró tras ellos con un crujido de desolación absoluta.

Afuera, la tempestad arreció con violencia.

Ancha es Castilla

Dos décadas después

Valladolid, 1547

Muchas veces Leonor se preguntó qué habría sido de ella si su tutor don Juan de Altamirano hubiese tenido otros planes con respecto a su persona y en vez de regresar a la Nueva España para casarla con aquel hombre, que le sacaba veinte años y olía a madera mojada, se hubieran quedado a vivir por siempre en las tierras castellanas hacia las que habían partido siendo ella tan pequeña que todavía aprendía a balbucear su nombre. También se cuestionaba si en su retorno a su tierra natal habría intervenido alguna gracia divina, si esos santos a los que las monjas del convento vallisoletano rezaban tres veces al día se habrían apiadado de su orfandad para brindarle una segunda oportunidad.

Pero aquello no era cosa de ángeles, ni de demonios, ni de santos, ni de dioses. Cuando el destino le saltó encima, Leonor era ya una mujer hecha y derecha que hasta entonces había vivido a ras de suelo, sin levantar polvo ni sospechas, creciendo en la quietud del convento español al que Juan de Altamirano la había metido siendo una niña, arrancándola de la tierra que la vio nacer como a las malas yerbas del camino.

Ella nunca encajó en aquel sitio de rezos y austeridades. No le gustaban ni el silencio ni las frías paredes de piedra ni mantener la cabeza gacha, y esa mala costumbre de mirar siempre por encima del hombro le había costado más de una azotaina por soberbia, el mayor de sus pecados, porque las monjas no aguantaban la severidad de una mirada tan vieja en una niña tan pequeña.

Leonor siempre cumplía penitencia porque según las religiosas toda ella era una fuente inagotable de vicios: cuando se enfadaba

fruncía el entrecejo con tal enjundia que las cejas se le juntaban dibujando una gaviota; más de una vez la habían pillado en la capilla con una taza de chocolate que sacaba a hurtadillas de la cocina porque así se le hacían más llevaderos los minuciosos sermones, y el prelado, desconcentrado con cada uno de aquellos sonoros sorbos, amenazaba irritado con excomulgarla; cuando dormía, soñaba seres con cuerpo de animal y cabeza de mujer que le susurraban secretos al oído, y cuando empezó a crecer y a desarrollarse adquirió la nada discreta costumbre de detenerse frente a los espejos, y para aprender las formas de su rostro buscaba su reflejo en cada cuchara bruñida o en el cáliz de plata que el cura alzaba cada día en la consagración de la eucaristía. Al acostarse, en vez de rezar prefería pasarse ratos largos cepillándose la melena hasta dejarla dócil cual alga de mar. Pero, sobre todo, Leonor se quedaba embelesada cada vez que veía leer al padre en misa y se preguntaba cuáles serían los secretos que encerraban esos libros. Una vez, incluso, con la vena palpitándole en la sien, se atrevió a entrar a la biblioteca del convento. Y, fascinada por el olor a tinta y pergamino, acarició los lomos de una hilera entera de libros. Con temor a hacer ruido, sacó de los estantes un volumen lleno de polvo. Hechizada por los extraños e indescifrables caracteres que inundaban su vista se quedó largo rato allí, atrapada por el influjo de aquellas hojas, y con las yemas de los dedos repasó algunos trazos, como si en aquel gesto pudiese entender mejor esas palabras incomprensibles, hasta que la voz de una hermana la sacó del ensimismamiento al increparle desde el pasillo:

—Niña, ¡qué haces! ¡No puedes estar aquí!

Leonor cerró de golpe el libro con un fuerte estruendo, y volvió a su celda a toda prisa, consciente de haber traspasado el umbral de lo prohibido.

La madre superiora había notado que Leonor tenía una mente despierta, pero, aturdida por los testimonios de las demás hermanas —que acudían a ella, angustiadas por la rebeldía de la criatura—, solía escribirle a su tutor dándole las quejas y, cuando no había más remedio, él mismo tenía que ir a visitarla para llamarla al orden. Para acallar disgustos, Altamirano les pagaba una buena cantidad de monedas que la madre superiora recibía agradecida, no sin antes prometerle a Altamirano:

—No os preocupéis, mi señor, haremos entrar a la chiquilla en vereda.

Con el paso de los años, Altamirano empezó a darse cuenta de que su pupila estaba convirtiéndose en una jovencita más rebelde e inquieta de lo conveniente, en la que los rasgos indígenas mezclados con los castellanos convivían en providencial combinación, y no se extrañaba de que la niña fuera consciente de ser distinta en medio de tantos ojos azules y pieles traslúcidas a las que el sol parecía querer esquivar. Para colmo de males, enmarcándolo todo, presidiendo su rostro, destacaba esa mirada dura de piedra que él reconocía como el vestigio de su sangre.

Leonor siempre había creído que le debía su suerte a Altamirano. Las monjas castellanas, que eran cien veces más arrugadas, más pequeñas, más enjutas y devotas que las de la Nueva España, adeptas a compadecerse de los desvalidos y a crear huecos por donde pudieran colarse las deudas morales y las culpas, habían regado la infancia de Leonor con la cantaleta de que, si no hubiera sido por Altamirano, que era un bendito, quién sabe qué habría sido de ella. «Deberías estarle agradecida y besar el suelo que él pisase, muchacha», le decían. Pero por más que insistieran en que Altamirano era su única familia, Leonor no era capaz de sentir por él nada parecido al cariño. Al fin y al cabo, muy poco había convivido con aquel hombre.

Y así, paso a paso, día a día, pasaron los años al ritmo que crecían los cabellos de Leonor, sus labios parecieron llenarse de sangre y el negro azabache de su pelo brillaba tanto que las monjas la obligaron a recogerlo, trezándolo en un moño, imperativo mil y una veces transgredido. Cada vez que Leonor pasaba junto a ellas, las monjas se santiguaban para espantar algún tipo de sortilegio, pues había algo en esa muchacha que les recordaba las historias y rumores que llegaban del Nuevo Mundo, donde se adoraban ídolos y se hablaban lenguas extrañas y, a pesar de no haber estado nunca en aquellas tierras, algunas monjas prejuiciosas entre susurros se decían que Leonor miraba «con la idolatría e insolencia de los indios».

Aquello la condenó al claustro. Nadie debía verla, olerla ni tocarla. Leonor aprendió a rezar con fervor para que dejaran de censurar su propia existencia. Evitó salir por las noches a contemplar el cielo, dejó de cuestionarle a la madre superiora sus mandatos, aprendió a

hablar con tono mesurado y sin mirar a los ojos, y un jueves de diciembre, cuando el tiempo y la austeridad lograban por fin doblegar su carácter inquieto y el conformismo comenzaba a aferrarse a sus piernas para trepar a su alrededor, envolviéndola en una enredadera que le hacía creer que ni la belleza ni la riqueza del mundo estaban destinadas para ella, un par de monjas la llevaron a una habitación, le soltaron el pelo y sacaron unas tijeras.

—¿Qué van a hacer? —balbuceó Leonor pálida.

—Esa melena ofende a Dios, hija.

—¡No! ¡Suéltenme!

—¿Te importa más tu cabello que agradar a Dios? ¡Contesta!

—¿Qué más quieren de mí? ¡No me lo corten, por favor!

Una de las monjas sujetó el cabello de Leonor por las puntas mientras la otra abrió las tijeras. Leonor apretó los párpados. En ese momento la madre superiora apareció.

—Dejadla —exigió.

Las monjas torcieron la boca al contener la frustración cuando la madre superiora estiró el brazo y les pidió las tijeras.

—Marchaos —les ordenó.

Las monjas se inclinaron con la venia y se retiraron, no sin cierto disgusto.

La madre superiora esperó un momento antes de dirigirse a Leonor; parecía que escudriñaba dentro de su alma. Luego, escueta, le pidió:

—Ven conmigo.

Leonor obedeció asustada, sin dejar de agarrarse el pelo para cerciorarse de que seguía intacto.

La madre superiora la llevó a un sitio apartado donde el eco rebotaba en un techo abovedado de piedra. Leonor respiró aliviada cuando la madre, al igual que cuando caminaba dando vueltas en el patio, se llevó las tijeras a la espalda.

—Lo recogeré en un moño, se lo prometo.

—¿El pelo? Tienes problemas más largos que el pelo.

Leonor no entendió. Y entonces la madre superiora, con la frialdad de quien está acostumbrada a dar malas noticias, anunció:

—Tu padre ha muerto.

—¿Altamirano?

—No, no tu tutor. Tu padre. Don Hernán Cortés.

Leonor no pestañeó. Aunque nunca había conocido a su padre se preguntó si era normal que su corazón no se hubiera ensombrecido lo más mínimo ante una noticia semejante. Tras unos instantes de silencio, la superiora añadió mirándola a los ojos:

—Vete preparando.

—¿Preparando?

—No tardarán en venir por ti.

—¿Quién?

—Cómo que quién. Tu tutor, Altamirano, naturalmente.

—¿Quiere decir que dejó el convento?

La madre superiora asintió bajando la cabeza.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Pronto.

Leonor dejó caer los brazos a los costados, consciente, por vez primera, de su pequeñez. La madre superiora, con una ternura hasta entonces desconocida, le dio la bendición dibujando una cruz sobre la frente.

—Que Dios te acompañe.

Esa misma tarde, a muchas varas castellanas de distancia, Altamirano se afanaba en su despacho, pues había muchos desaguisados que enmendar, deudas que pagar y agujeros que tapar. Balbuceaba entre dientes improprios de bucanero por el embrollo legal que Hernán Cortés dejaba al morir. Altamirano era primo y albacea de Cortés, quien, aparte de darle su apellido a la niña y haberla reconocido por bula papal, poco había ejercido de padre. ¿Cómo era posible que tras haber conquistado la Nueva España Cortés se muriera desahuciado?

—¡Maldita sea tu estampa! —gritaba con su vozarrón.

Altamirano mascullaba maldiciones no por la desdicha y deshonor de su primo, sino porque esa era una de las pocas veces en las que no había apostado a caballo ganador, porque jamás, aunque hubiese muerto y renacido mil veces, se imaginó que el gran conquistador Hernán Cortés, marqués del Valle de Oaxaca, capitán general de la Nueva España, comandante de ejércitos y salvador de almas, fuera a morir dejándolo en la estacada.

Por él había hecho muchas cosas, pues ser su albacea había conllevado cierto grado de, ¿cómo decirlo?, laxa moral. Por él había arrebatado a Leonor de los brazos de su madre, había falseado documentos en beneficio de conquistadores, había hecho desaparecer de testamentos a hijos ilegítimos, cambiado nombres, contratado testigos para probanzas, manipulado testimonios, omitido pruebas. Por él había tenido que hacer muchas cosas. Pero nada de eso le había bastado a Cortés para librarse de los juicios de residencia que lo habían llevado al olvido. Altamirano se sirvió un vaso de vino y se lo empinó entero. El líquido le ensució las barbas y se las limpió con el dorso de la mano. Y tras permanecer unos segundos con el vaso vacío, lo colocó de un porrazo sobre el escritorio que por poco lo revienta.

«Este entuerto lo arreglo yo como que me llamo Juan Gutiérrez de Altamirano», se dijo.

Cualquier otro habría dado la partida por perdida. Pero no él. Se apoyó sobre su viejo tablero de ajedrez, al igual que Zeus contemplaba a los hombres desde el Olimpo, y colocó su mano sobre la desgastada reina. Lentamente, la alzó con cuidado y comenzó a moverla despacio en el aire con movimientos imperceptibles e imaginarios que calculaban cada avance, cada retroceso, cada posibilidad, cada pieza jugada y sacrificada, primero como alfil, luego como peón, al final como torre y luego rey. Sus labios se apretaron en una mueca invisibilizada bajo la barba tiesa. Mientras conservara a la reina aún podía ganar. Y esa reina, lo sabía bien, no era otra que Leonor Cortés.

Porque la historia de Leonor empezó mucho antes de su nacimiento, antes de que el destino la llevara de vuelta a la Nueva España para casarse con un hombre gordo, veinte años mayor que ella, que olía a madera mojada. Empezó mucho, mucho antes. Antes de que la Nueva España cambiara de nombre y de dioses. Empezó cuando aquella tierra aún no conocía la derrota y era llamada la Gran Tenochtitlan.

Copo de Algodón

Tenochtitlan, año 1520

Tecuixpo Ixcaxóchitl, Copo de Algodón, caminaba deprisa por el palacio, seguida muy de cerca por su hermano Axayácatl. Ambos trataban de pasar desapercibidos por la guardia apostada en los rincones. Muchos españoles custodiaban el palacio construido por su abuelo Axayácatl, el padre de su padre Moctezuma Xocoyotzin, mucho antes de saber que un día el recinto sería cuidado por hombres extraños que habían venido del mar.

—Date prisa, Axayácatl —susurró la niña.

—No corras tanto, Tecuixpo.

—Caminas muy lento, los barbados nos descubrirán y no nos dejarán ver a nuestro padre.

—Nos descubrirán como sigas hablando. Guarda silencio.

No muy lejos de allí, Moctezuma recorría la habitación de lado a lado. Llevaba un año siendo prisionero en su propio palacio por los hombres del este, los causantes del desequilibrio, y la impaciencia comenzaba a recorrerlo entero. Pese a los intentos del tlahtoani,¹ nada parecía hacerlos entrar en razón. Los barbados pedían oro para aliviar un gran mal que les acechaba el corazón, y oro se les daba. Los barbados pedían comida y mujeres para saciar su apetito, y mujeres y alimentos se les daban. Los barbados pedían madera para hacer navíos y poder irse, y Moctezuma hacía talar árboles para proporcionar el material que les facilitara la marcha. Así, manteniéndolos

¹ Tlahtoani: el gobernante de una ciudad. La palabra se traduce como «el que habla», «el orador» o, entendido de otro modo, «el que manda», «el que tiene autoridad». Huey Tahtoani es «gran gobernante». Su plural es *tlahtoqueh*.

entretenidos con promesas de riquezas y avituallamiento, habían pasado meses y fases del calendario. Pero los barbados no partían. Moctezuma sopesaba si no sería la guerra la única opción. De declararla, moriría mucha gente y, además, los mexicas no libraban jamás guerras dentro de la ciudad. Tenochtitlan era un oasis alejado de la destrucción, del dolor y la pestilencia. Las guerras se hacían fuera de los territorios habitados, en las tierras fronterizas donde no había cultivos ni población.

Oculto tras una mueca de congoja, una sonrisa intentó asomarse a sus labios cuando pensó en la belleza y vastedad de sus dominios. En el sinnúmero de canoas que recorrían la ciudad desde el centro hasta los márgenes de los lagos, en la multitud de templos y palacios que sobresalían por la línea del horizonte y en las tres largas avenidas, infinitas como la distancia del suelo al cielo, que recorrían la ciudad de lado a lado. Pensó en el calmécac y en el gran templo de Tenochtitlan en donde los monarcas se recluían en tiempos de luto y en donde él, al enterarse de que aquel al que llamaban *Malinche Cortés* y sus barbados se encaminaban hacia Tenochtitlan, había permanecido durante ocho días en profunda oración. A lo lejos se escuchaba el bullicio de trescientas mil almas, y Moctezuma cerró los ojos para percibir mejor el trajín de los mercados, el ir y venir del intercambio de frutas, de maíz, miel y frijoles, cacao, cacahuete, tabaco, hule y plantas medicinales de infinidad de formas y virtudes; la multitud de familias con hijos en brazos y a espaldas de sus madres cruzando los puentes de madera que atravesaban los canales y que en la noche se retirarían por estrategia militar y por protección de los lugareños a las barcazas recogiendo desperdicios y excrementos con los que fertilizar las chinampas,² los acueductos en pleno funcionamiento, diques que abastecían con el agua dulce de los ríos a una población rodeada por el agua salada del lago de Texcoco.

Moctezuma abrió las aletas de la nariz para aspirar los olores que el aire de la ciudad arrastraba hacia él. Olores conocidos de flores mezclados con los picores de los chiles y del maíz tostado, venados asados en leña y vasijas de barro, peces traídos desde las costas, tan

² Chinampa: terreno de poca extensión construido en un lago mediante la superposición de una capa de piedra, otra de cañas y otra de tierra, en el que se cultivan verduras y flores.

frescos que aún abrían y cerraban sus branquias. El tlahtoani pensó por un momento que recluirse en su propio palacio junto a la alta nobleza y sus cientos de siervos era un bajo precio por resguardar la gloria de su imperio.

Moctezuma estiró el cuello y vio uno a uno de los dieciséis españoles que lo custodiaban en las puertas. A disgusto, soltó aire despacio. Esta situación no podía prolongarse mucho más. El hombre en la puerta, un moreno de barba tan cerrada que le cubría la boca y las orejas, alto como una montaña, evitó mirarlo directamente a la cara, pues —estaban avisados— a Moctezuma no se le podía mirar a los ojos. Y el tlahtoani podría estar preso desde hacía más de diez meses, sometido y humillado, pero ¿para qué tensar más la situación? El español se giró y dejó al hombre deambular en paz. No había pasado mucho tiempo cuando un proyectil de barro reventó en una de las paredes de las habitaciones.

—¡Será posible! ¡Quién va! —gritó el barbudo descomunal, antes de abandonar la puerta que custodiaba y salir corriendo.

Los pasos del hombre se desvanecieron en un eco pasillo abajo. Moctezuma sonrió, porque reconocía muy bien los modos que sus hijos tenían para llegar hasta él. Desde el interior, ordenó con voz calma:

—Pasen, niños.

Los chiquillos entraron con cautela, paso a paso y sin correr, con la mirada gacha. A pesar de la travesura, aún mantenían el respeto impuesto desde pequeños al estar en presencia de su padre. Tecuixpo avanzó despacio, pero al alzar la cabeza Moctezuma pudo ver esa sonrisa que lo cautivaba, cruzando el rostro de la niña de oreja a oreja. Una sonrisa que rara vez mostraba en público. La niña saltó cual lince y se tiró al cuello de su padre para colgársele en un abrazo.

—Tecuixpo, no seas tan impulsiva, niña. Me vas a partir la espalda —dijo sin soltarla.

Moctezuma y Tecuixpo permanecieron en silencio unos segundos, juntando sus frentes.

Axayácatl, más prudente y de pie a su lado, notó la mano de su padre posarse sobre su cabello negro y brillante.

—Hijos míos, ¿cómo han estado?

La expresión de la niña se tornó dura como la obsidiana.

—Aburrida, padre.

—Pero cómo puedes aburrirte en este palacio, con todo lo que hay...

—Esto es una jaula, padre. No me gusta estar aquí atrapada.

Moctezuma se liberó de los brazos de la niña y la colocó en el suelo.

—A mí tampoco —contestó—, pero habremos de acostumbrarnos.

—No entiendo por qué no mandas a los barbados de regreso al mar.

—Algún día entenderás mis razones, Tecuixpo. Y no está bien que una hija juzgue a un padre.

Tecuixpo se clavó en la severidad de unos ojos que escondían muchas tribulaciones. Moctezuma no estaba acostumbrado a que lo mirasen así. A un tlahtoani no se le podía mirar a la cara, so pena de muerte. Sin embargo, a su hija no solo se lo permitía, sino que incluso encontraba cierto placer al verse reflejado en sus ojos de piedra. Aunque ahora se sentía incómodo. Sabía que los ojos de su hija lo escudriñaban en busca de respuestas que no podía darle.

—¿Iremos a la guerra?

—No si puedo evitarlo.

—¿A qué le temes? ¿No crees que nuestros guerreros águila y jaguar puedan vencerlos?

—No es temor lo que siento, Tecuixpo. Trato de comprender el mensaje de los dioses.

Tecuixpo resopló a disgusto. Axayácatl observaba a distancia prudencial. A pesar de ser mayor que Tecuixpo por dos años, nunca se había sentido con la confianza de hablarle a su padre como ella lo hacía. No por cobardía o timidez, sino porque Moctezuma le había otorgado a su hermana Copo de Algodón unas atribuciones que a nadie más permitía. Ni siquiera a su madre Tecalco la había oído dirigirse así a su esposo el tlahtoani. De pronto, Tecuixpo dijo algo que los dejó boquiabiertos:

—Quiero ir al calmécac, a estudiar como Axayácatl.

—Al calmécac solo van los varones, Tecuixpo —protestó su hermano—; además, no querrás que los sacerdotes te inflijan sufrimientos para aprender a controlar el dolor del cuerpo.

En una especie de acto reflejo, Axayácatl se sobó los brazos marcados por las heridas de espinas de maguey.

—¿Y por qué no? Si tú puedes soportarlo, yo también.

—Las mujeres no están hechas para esos sacrificios, Tecuixpo —intervino Moctezuma.

—Yo no quiero ser una mujer que no soporta el dolor. Si Axayácatl puede hacerlo, yo también.

Moctezuma la contempló con la boca entreabierta porque algo parecido al miedo le recorrió desde la planta de los pies.

—No provoques a los dioses, Tecuixpo.

—Eso es injusto —protestó—, estoy segura de que soy tan fuerte como él. —Y señaló a su hermano—. Yo quiero ir al calmécac, a que me enseñen. No es solo el dolor, es el conocimiento, padre. No quiero pasarme el día en el telar. ¿Por qué no puedo estar contigo cuando hablas con los barbados? ¿Por qué tenemos que escabullirnos por el palacio para venir a verte? ¡Por qué no podemos ser libres!

—¡Ya es suficiente, Tecuixpo! Aún eres muy pequeña. No debes meterte en asuntos que no te competen.

Tecuixpo alzó la barbilla, orgullosa.

—Pero creceré.

—Eso espero, capullo mío, pero hasta entonces, dedícate a tejer y escucha los consejos de tu madre. ¡Va a tener que trabajar mucho contigo!

Axayácatl intervino de pronto.

—Padre, ¿se puede guiar a un pueblo con todos en contra?

—¿Por qué preguntas eso, Axayácatl?

El niño bajó la mirada, avergonzado ante una respuesta que no fue capaz de dar. Para sorpresa de ambos, Tecuixpo respondió sin titubear:

—Dicen que te has vendido a los barbados, padre. Que tienes miedo.

Moctezuma tomó aire, como si estuviera por zambullirse en agua helada. Tecuixpo notó el encendido color de sus mejillas.

—Conque eso dicen, ¿eh?

Ambos niños guardaron silencio y clavaron sus miradas en el suelo.

—A ver, Tecuixpo, tú que quieres ir al calmécac, contesta: ¿Quién crees que sea mejor líder: uno que haga guerras o uno que las evite? —preguntó Moctezuma.

—Creo que solo se evitan las guerras que se saben perdidas.

Axayácatl apretó los dientes y torció la boca. Su hermana estaba yendo demasiado lejos. Y sin embargo su padre le toleraba contestarle de esa manera. Lejos de sentir celos hacia su pequeña hermana, le maravillaba la seguridad que la investía. Secretamente, deseaba ser igual que ella.

—No le hagas caso, padre —intervino Axayácatl—, es solo una niña.

—Soy niña, pero escucho cosas. La gente habla y yo escucho.

—¿Y quién dice que tengo miedo en el cuerpo, Tecuixpo? —preguntó Moctezuma.

Tecuixpo guardó silencio, intuyendo que su respuesta mandaría al dueño de esas palabras al sacrificio. No diría que alguna vez se lo había escuchado decir a su niñera Citlali, ni que no se hablaba de otra cosa entre la servidumbre. Mucho menos que Cuitláhuac, su tío, se reunía últimamente con los nobles señores de palacio, con alevosía, sigilo y ventaja a escondidas de los españoles. Clavó sus ojos de mirar lento en la expresión asustada de su padre, y por un segundo pudo verse reflejada en la oscuridad. En lugar de contestar, preguntó:

—¿Tú conoces al dios del que el barbado Malinche Cortés habla?

—Me ha hablado de él.

—¿Y cómo es?

Moctezuma cerró los ojos un instante antes de contestar.

—No es como nuestros dioses.

Moctezuma se giró y les dio la espalda a los niños. Las ideas que lo atormentaban volvieron a invadir su corazón. Las preguntas de sus hijos no hacían sino avivar sus dudas, sus pensamientos. Trataba de ser ecuánime, sereno, trataba de no precipitarse, pero lo cierto es que llevaba un año siendo prisionero de Cortés en su propio palacio. Les había abierto las puertas, los había recibido con honores, y no bastándoles estar hospedados en el palacio de Axayácatl, Cortés quería destronar a los dioses del Templo Mayor y colocar en su lugar la imagen de una mujer. No de una diosa como Coatlicue, sino de una mujer con la piel pálida del maíz sin cocer.

—Es nuestra santísima Virgen María, madre de Dios —le explicó Cortés.

—Nuestro dios ya tiene madre, Coatlicue —replicó Moctezuma.

—Pero la nuestra es santa. Tuvo a su hijo, Dios Nuestro Señor, sin intervención de varón.

—Lo mismo la nuestra, tuvo a Huitzilopochtli sin intervención de varón, nacido de una pluma de pájaro.

—Pero mirad, qué hermosura de señora la nuestra, ¡y la vuestra es una aberración de serpientes y calaveras!

Llegados a este punto, Moctezuma hacía esfuerzos sobrehumanos por no sacarle el corazón de cuajo ahí mismo, decapitarlo, desmembrar su cuerpo y hacerlo rodar escaleras abajo por su insolencia.

—¿En qué piensas, padre?

—En nada, Copo de Algodón.

Y entonces, se dio media vuelta solo para toparse con la mirada inteligente de su hija predilecta. En la boca de Moctezuma la saliva flotaba como baba de nopal. Le supo a bilis, pues temió por ella. Por su Tecuixpo Ixcaxóchitl. La única capaz de acariciarlo sin permiso, la niña que se había colado en su corazón. Ni siquiera por su esposa Tecalco —su esposa oficial desde antes de ser tlahtoani y la madre de su prole— profesaba el cariño que le despertaba su pequeña, frágil y amada Copo de Algodón. Por ella sentía el capricho con el que los dioses habían creado a las orquídeas haciéndolas brotar entre lo inhóspito. Y por esa misma razón el miedo a perderla era un dolor que jamás se atrevía a manifestar, pero que se le colaba por los huesos como el agua horadaba la piedra, poco a poco y sin posibilidad de regeneración. «Amar mucho es temer mucho», le había mal aconsejado una vez su padre. Y Tecuixpo en mala hora había nacido para ser tan querida. La amaba mucho y temía mucho.

A veces Moctezuma se preguntaba si la querría tanto a causa de los funestos presagios que acompañaron al año de su nacimiento, como si un instinto ancestral intentara proteger a su recién nacida de los males que —estaba seguro— le acecharían.

Su hija contaba casi diez años y aún recordaba con espanto el resplandor de ese rayo que, sin lluvia que lo anunciase, cayó sobre el templo del dios del fuego y del calor, haciendo retumbar el miedo en su interior. El rayo cayó sobre la imagen del dios Xiuhtecuhtli, a

quien habían adornado con los atributos de Moctezuma. Así, mal rayo partió al tlahtoani. Ese fue solo uno de la gran cantidad de presagios que se sucedieron en el tiempo con el mismo rigor con el que se cuentan los palos de una baraja, diez conejos, once cañas, doce pedernales, trece casas.³ Un funesto augurio punzó el cielo que go-teaba como si llorase fuego. Comenzó en el año 1-Casa y durante todas las noches de ese tiempo solo el amanecer hacía desaparecer la luz que contrarrestaba la oscuridad. La gente se levantaba de sus camas para contemplar esa espiga de fuego que arrojaba frío y miseria. Las heladas causaron hambrunas y la gente veía sus cosechas destruidas, frutos congelados sin caer de las matas. Y cuando el frío dio una tregua a los habitantes de Tenochtitlan, en el cielo apareció una estrella con forma de saeta. Salía por donde el sol se ponía y recorría el cielo cual flecha, echando chispas. Los sacerdotes presagiaron muerte y hambre donde la saeta de fuego cayese. Por las noches Moctezuma soñaba que el cometa lo atravesaba y despertaba empa-pado en su propio espanto. No le alcanzaban los ritos y los rezos para sacarse el miedo del cuerpo. Intentaba comprender los augurios, malos todos ellos, pero sabía que no llegaría a entenderlos del todo sino hasta que no los viera realizarse, y entonces ya sería tarde. De poco servían las interpretaciones de los sacerdotes que, sin atreverse a mirarle a la cara, vaticinaban el final de su imperio. Eso ya lo sabía, para algo había estudiado en el calmécac, como todos los hijos de nobles aztecas. Ya lo sabía él, que se punzaba con púas de maguey hasta sangrarse en penitencia. Lo que quería saber era por qué el lago hervía y anegaba las casas, por qué la diosa Cihuacóatl los atormentaba por las noches con sus bramidos y llantos lastimeros, gritando «¡ay, mis hijos! ¿A dónde os llevaré?», anunciándoles con angustia que de señores pasarían a ser siervos, y de nuevo escuchaban en medio de la noche «¡ay, hijos míos, vuestra destrucción se acerca!»,

³ Los aztecas usaban dos calendarios para computar los días del año. *Xihpohualli* era el calendario solar y constaba de trescientos sesenta y cinco días, divididos en dieciocho meses de veinte días cada uno, más un periodo adicional de cinco días inútiles o aciagos al final del año, los *nemontemi*. *Tonalpohualli* era el segundo calendario o «el calendario que cuenta los días» y tenía un ciclo de doscientos sesenta días, combinaciones de trece números y veinte símbolos. El segundo calendario se dividía en cuatro secciones: *ácatl* (caña), *tochtli* (conejo), *calli* (casa) y *técpatl* (pedernal).

erizándole los pelos de la nuca a quien aguzaba el oído. Pero lo que más impresionó a Moctezuma, más que el cielo vomitando fuego, más que el lago hirviendo, más que los templos ardiendo, más que las tormentosas voces de la diosa en medio de la noche, fue un presagio que hizo ver al tlahtoani que, hiciese lo que hiciese, su hora había llegado. Unos pescadores sacaron un animal del agua, atrapado entre las redes. Era un pájaro del tamaño de una grulla. Los pescadores lo reconocieron enseguida como un portento mensajero de presagios y lo llevaron ante Moctezuma. En la cabeza del pájaro, al centro de su mollera como una nuez, relucía un espejo. Moctezuma tomó al pájaro ceniciento y lo alzó para ver su reflejo en una espiral que, de pronto, empezó a girar. Lejos de asustarse, Moctezuma entornó los ojos para no perderse el prodigio. En el espejo contempló constelaciones de estrellas. El pulso le palpitaba en la sien. No pestañeaba, hipnotizado por la visión de las estrellas en el espejo. Y de repente, aparecidos tras la oscuridad de la noche, unos hombres avanzaban a empujones, corriendo a toda velocidad, montados en unos venados sin astas. Donde antes se alzaban los templos vio montones de piedras de tezontle desparramadas por el suelo, cuerpos sin vida de niños, jóvenes, mujeres y ancianos infectados de pústulas, unos encima de otros sin pudor, montañas de brazos y piernas, volcanes expeliendo muerte, construcciones en llamas, cuerpos atravesados por espadas o marcados por las macuáhuil, macanas con dientes de obsidiana que mordían como cocodrilos. Olor a putrefacción. El silencio roto por gritos de espanto, por el llanto de los sobrevivientes. Horrorizado por la visión, Moctezuma soltó al pájaro, que cayó a sus pies.

—¿Qué has visto, huey tlahtoani? —le inquirieron sus sacerdotes.

—Nuestra destrucción —balbuceó.

Un sacerdote recogió el pájaro del suelo y se asomó a la nuez de la mollera. Allí no había nada. Ni espejo, ni estrellas, ni muerte. Pero Moctezuma sabía, muy a su pesar, que no había imaginado aquello.

El barbado que custodiaba la puerta apareció de pronto y carraspeó dos veces antes de decir en voz ronca:

—¡Eh, vosotros! No podéis estar aquí.

Ninguno de los tres entendió una palabra, pero comprendieron lo que la presencia de ese hombre significaba. La visita había terminado.

ÍNDICE

YONCE/CERO

La mujer gritó con tanta fuerza 13

CE/UNO

Ancha es Castilla 19

Copo de Algodón. 25

Muchachos aventados al mar 39

No te reconozco. 53

El señor de Iztapalapa 58

El engaño 61

La lengua 68

Salvar la honra 75

Solo tú 79

La mesa de Moctezuma 83

OME/DOS

Sin amor porque no quiero 91

Antes muerta 103

La separación 110

El sonido del caracol 116

Ni olvido, ni perdón	129
El tufo de la traición	133
Sigilosa cual serpiente	139
La condena	146

YEYI/TRES

<i>Citlali</i>	161
Una tea gruesa	168
Jamás, nunca	181
Ecos de Moctezuma	188
Hojas mecidas por el viento	201
El grano divino	208
Pasos en el fango	215
El final/el comienzo	227

NAHUI/CUATRO

<i>La herencia</i>	243
Yo les entiendo	254
Los gritos	267
Quién soy	273
La castellana	281
Los frailes	301
Pedro Gallego de Andrade	310
Hombres necios	317
Las Hibueras	327
El regreso de Cortés	335
La encomienda de Tacuba	341

MACUILLI/CINCO

<i>El collar</i>	351
La boda cristiana	357
La decisión	366
Morirás solo	375
La amenaza	385

CHICUACE/SEIS

<i>El convento</i>	395
El perdón	406
El amor	416
El faro	423
Reencuentro.....	429
Los que vienen, los que se van.....	436
El corazón roto.....	447

CHICOME/SIETE

<i>Las cartas</i>	455
El trato.....	463
La última boda.....	469
El fin de Cortés.....	474

CHICUEI/OCHO

<i>El secreto</i>	487
-------------------------	-----

ALGUNAS NOTAS DE LA AUTORA	499
----------------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS	503
-----------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	507
-------------------	-----